



***IN MEMORIAM DE BEATRIZ FELICIANO HERNÁNDEZ.
(1932 – 2017)***

Escribo como un amigo y no como un compañero en el trabajo académico en la Escuela de Salud Pública. Es posible que si no obvio fechas, lo más probable sea que las equivoque o no las trate con la precisión debida. Haré referencia de otras personas, incluido yo, cuando considere que ese recurso puede ser de ayuda en la descripción.

Beatriz Feliciano Hernández es un ser humano en el cual se juntan la bondad, la honestidad, el desempeño más que responsable en el trabajo del día a día y una sencilla y auténtica humildad. Son muchos los que están convencidos de que las personas buenas no existen y que a todos nos mueven al final intereses que buscan ante todo nuestro beneficio material. Soy dueño de la certeza cuando manifiesto que me fue dado el privilegio de conocer a una persona buena en el mejor de los sentidos de la expresión.

Nació en un hogar muy humilde y debió trabajar desde muy temprano para ayudar en la materialidad de la casa. Trabajando realizó sus estudios en la Escuela de nutricionistas-dietistas del Instituto Nacional de Nutrición, antes que la misma pasara a formar parte de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela. De allí proviene su amistad entrañable con España Marco y Ada

Beatriz Feliciano Hernández fue Directora de la Escuela de Salud Pública, Jefe del Departamento de Administración y de la Catedra de Nutrición de la Escuela de Salud Pública de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela.

Aular, y su hermosa relación con Luis Bermúdez Chaurio, quien siempre depositó en ella afecto y confianza en y por su capacidad de trabajo y calidad humana.

Menciono a España y a Bermúdez porque una vez que este último fue designado jefe del Departamento de Nutrición de la Escuela se empeñó y logró que fueran incorporadas ambas al personal de la Escuela, primero contratadas a los fines de la Encuesta Nutricional de Cauca y luego como sus colaboradoras permanentes en la docencia en nutrición en salud pública. Eso fue en el año 1966, hace 51 años. Estuvo con el doctor Bermúdez y con España hasta 1969, cuando el primero es designado Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Nutrición, y lo sustituye en el Departamento el doctor Eugelio Chacón Nieto.

La conocí, sin mayor trato, en 1971, cuando realicé el Curso Medio de Salud Pública, a pesar de ser la mención que seguí, por recomendación del doctor Bermúdez, la de Nutrición en Salud Pública. En esa ocasión tuve más relación con España, de trato más sencillo y abierto, a pesar de ser igual de seria. Cuando regresé a la Escuela en 1974 para la Maestría en Nutrición, Beatriz estaba en Berkeley realizando sus estudios de Maestría. También había realizado estudios en el Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP) en el período del doctor Bermúdez en el Departamento.

En algún momento España decide su mudanza para la Escuela de Nutrición de la Universidad Central y Beatriz queda en el Departamento con el doctor Chacón hasta que este renuncia a mediados de 1977. Ella queda sola en la Escuela y se abre un concurso para ocupar el cargo de médico de salud pública jefe II para sustituir a Chacón. Resulté favorecido y la comunicación en la cual se me participa el resultado viene firmada por Beatriz, quien estaba encargada de la Dirección de la Escuela, algo que sucedía con frecuencia porque era muy apreciada y respetada por todo el cuerpo docente.

Llegué a la Escuela en 1977 y comencé la actividad docente con el primer curso medio de y el curso de Maestría de 1978. Lo primero que hice en un Consejo de Escuela fue solicitar que se la designara Jefe del Departamento, lo

cual fue aprobado. Le sorprendió la designación y desde allí hasta el último día surgió una amistad sin la más mínima perturbación, por ser ella cómo era, tan digna de respeto, admiración y afecto.

Hicimos un buen equipo, junto con Lilia Francisconi Méndez, una joven nutricionista que venía a reemplazar a España. Fue una época muy buena para el Departamento, con renovación del material docente, estudios de antropometría, reuniones bibliográficas en las cuales participaban docentes de los otros Departamentos y un afecto entre los tres que fue muy apreciado por nuestros compañeros y amigos en la Escuela.

Entre finales de 1979 y comienzos de 1980 se reorganiza la Escuela a los fines de su pase definitivo a la Facultad de Medicina. Hicimos resistencia para que el Departamento no desapareciera, pero no fue posible. El proceso finalizaba con la salida de Francisconi y mía, quedando Beatriz como jefe de la cátedra de Nutrición en Salud Pública, adscrita al Departamento de Administración. En esa época el doctor Bermúdez fue designado nuevamente como Director Ejecutivo del INN y le pidió que se encargara de la División de Educación de ese organismo. Compartió la docencia en nutrición en la Escuela con las responsabilidades de su cargo hasta finales de 1983.

Regresó a la Escuela, a su cátedra, como única docente de la misma. La jefatura del Departamento la desempeñó el doctor Pedro Vicentelli, a quien sustituyó. Igualmente heredó del doctor Gerardo Padrón la secretaría del Consejo de Escuela y la coordinación de la Oficina de Control de Estudios. Todo eso, además de sus responsabilidades en la cátedra, y todo realizado con dedicación y rigurosidad. Nadie conocía la Escuela como ella y nadie era tan respetado y apreciado. En algún momento pidió ser relevada del tedio y las exigencias de la secretaria del Consejo, la cual pasó a ser itinerante porque no había quien tuviese la capacidad y la resistencia para hacer lo que Padrón y ella hicieron durante tanto tiempo y calladamente.

Continuó con su desempeño en la Cátedra, en el Departamento y en Control de Estudios. Su cubículo fue siempre sitio de reunión para la reunión fructífera y para la conversación amable.

Fue abanderada tanto del proceso mediante el cual la Escuela, adaptándose a la realidad de los tiempos, cambió sus horarios de los cursos medios y de especialidad a la modalidad semipresencial, como de ese esfuerzo maravilloso de los cursos que llevaron la docencia de postgrado de la Escuela a sitios tan distantes como Guasualito, en el Alto Apure. En ambos procesos se dio por entero en su organización.

Siempre pensé que debía desempeñarse como directora de la Escuela y fue mi candidata cuando el doctor Miguel Requena accedió al decanato. Para ese momento, uno de los candidatos que competía era mi amigo y me dijo que de resultar electo le gustaría que yo fuese su director. Le escribí una carta en la cual le manifestaba mi agradecimiento a la vez que le decía que en la Escuela éramos muy respetuosos de los tiempos de cada quien y que consideraba que la persona para la Dirección era la profesora Beatriz Feliciano. Mi amigo no ganó.

Beatriz accedió a la dirección de la Escuela, primero en sustitución de la profesora Lya Tovar, quien fue llamada por el Rector París para que lo acompañara en su gestión. Continuó en la dirección durante la gestión del Decano Rodolfo Papa y al terminar la misma, regresó al Departamento, donde estuvo hasta el final.

Se resistía a la jubilación. No sé cuándo comenzó a disfrutarla. Creo que la decisión tuvo que ver con su enfermedad.

Profesor Asociado. Publicó poco; defecto compartido con la mayoría de la gente del Ministerio, del cual provenimos, y de la propia Escuela. Lamentable, porque en los tinteros de mucha de esa gente quedó una inmensa experiencia que se perdió.

Beatriz pasó a ser uno de esos fantasmas buenos que cuidan de la Escuela y su gente. Quizás sea el fantasma mayor, por acuerdo del resto.

Beatriz Feliciano Hernández, la bondad, la honestidad, el esfuerzo, la sencillez, la amistad y la humildad en el mejor de los sentidos, se reunieron en ella para el disfrute de todos los que tuvimos el privilegio de compartir parte de nuestras vidas con la suya.

Paul Romero Cabrera